

### **Una reserva de pasado en la aldea global**

El fin de siglo se nos aparece como un fenómeno global, que recibe una carga simbólica colectiva. La figura más común es el cruce colectivo de una frontera, con un momento anterior que se va dejando atrás, lo viejo, y la entrada en otro posterior, que se abre como lo nuevo. Supongo que esa posición, que implica un proceso y también un “entre” específico, genera relatos e historias, siempre ambivalentes. Me gustaría pensar que la ambivalencia es la figura con que se leen o se construyen los fines de siglo.

Mi relato de fin de siglo en América latina se centraría en una fórmula irónica: el “salto modernizador” de su economía, su política y su cultura. Uso “salto modernizador” entre comillas porque le aplico la regla de la ambivalencia, la regla simbólica con la que quiero suponer que casi todos leemos hoy, a fin de siglo, los fenómenos culturales y literarios. Leemos las varias caras, o lados, de cada proceso: a cada poder su resistencia, su indígena, su gaucho, su negro, su inmigrante o su mujer; a cada monumento de civilización su barbarie.

El “salto modernizador” ambivalente sostiene, entonces, mi relato. Y, en efecto, en los dos fines de siglo, el XIX y el XX, América latina parece clausurar un pasado y colocarse en un nuevo orden económico y político mundial. Abre fronteras, se internacionaliza y postula al mismo tiempo su modernización política y cultural. O para decirlo desde la otra cara: en los fines de siglo América latina *se vería obligada* a tomar un orden y un ritmo mundial, transnacional, diferente. Y ése sería precisamente uno de los modos en que se “modernizaría” política y culturalmente. Quiero imaginar que se trataría de un tipo específico de “modernización” latinoamericana (es decir, que habría otros tipos), producida por internacionalización o globalización (de la economía, la política y la cultura). Lo específico de esta modernización estaría dado por la posición misma de América latina en el nuevo orden mundial. Porque ese orden reproduce la dinámica interna del capitalismo, que requiere un desarrollo desigual, con niveles, zonas y temporalidades diferentes. América latina es internacionalizada para ocupar el segundo nivel en el nuevo orden, y creo que es precisamente esta posición la que la transforma en productora cultural, en exportadora, de temporalidades anteriores,

de localismos sureños. Entra como proveedora de lo viejo y de “barbaries” en el nuevo orden cultural, y por eso mismo deja leer de un modo nítido la cara oscura de estos saltos modernizadores.

Supongo que este tipo de “saltos modernizadores” acompañan dos factores inseparables: la internacionalización de la economía a fines de los siglos XIX y XX y, sobre todo, la entrada y la presencia en América latina de tecnologías masivas, como la prensa a fines del XIX y la televisión por cable ahora, que difunden una cultura internacional y producen nuevas subjetividades y nuevas correlaciones nacionales y locales. Y transforman los discursos de la cultura. Este esquema es tan amplio que también nos sirve para el primer fin de siglo, el de 1492, en que América latina se internacionaliza por primera vez, gracias a la tecnología. Pero mi hipótesis “moderna” es, además, que son los estados liberales de fin del siglo XIX, y ahora los neoliberales latinoamericanos, los que realizan políticamente el “salto modernizador”.

Por fin, me imagino que si repetimos ahora, en el siglo XX y para América latina, el término Fin de Siglo del siglo XIX, no es para comparar los dos momentos (y comprobar que simbólicamente son semejantes) sino para usarlo como fase histórica y como instrumento de periodización cultural y literaria, como un instrumento crítico [que el mismo fin de siglo produce]. Sería la configuración hipotética de un proceso, donde “fin de siglo” marcaría cierre de ciclos con “saltos modernizadores” por internacionalización, con una transformación de los discursos de la cultura.

### **Viaje al fin del siglo XIX**

Me gustaría poder ilustrar visualmente esta suposición, así que los invito a dar un paseo por el Buenos Aires de fin del XIX, que es lo único que conozco.

Imaginemos una Babel masculina, llena de inmigrantes europeos del sur que huyen de la pobreza, de judíos que huyen de la discriminación, y de criollos viejos y nuevos. La ciudad está dividida en zonas. Y en cada una de ellas se inventa una nueva cultura, con sus sujetos, voces e instituciones.

Vayamos de arriba hacia abajo porque esto es un descenso. En la zona uno vemos el nuevo teatro Colón (la ópera, con compañías europeas), los clubes como el Club del Progreso o el Jockey,

la Universidad, la nueva Biblioteca Nacional, la recién creada Facultad de Filosofía y Letras, y las sedes de las nuevas instituciones culturales y científicas (Academias, por ejemplo). En esta zona se inventaron a fin de siglo nuevas lenguas literarias, elegantes, irónicas y llenas de citas de casi todas las literaturas europeas en sus lenguas originales, sin mediación de traducción. Y también se inventaron nuevos sujetos literarios. En realidad, es aquí mismo donde se inventó la cultura “alta”, “aristocrática”, argentina, con algunas figuras que la definen. Por ejemplo Miguel Cané, autor de *Juvenilia*, el clásico de colegio secundario en Argentina. Su literatura une siempre un rasgo criollo, local, viejo (un gaucho, una chinita, una carreta de bueyes), con una enciclopedia universal, con una serie abrumadora de referencias culturales internacionales organizadas en forma enciclopédica. Cané no sólo inventó esta conexión literaria, que Borges llevó a su ficción y a su límite extremo; también inventó a fin de siglo un nuevo género literario, la traducción de los clásicos europeos, con su traducción del *Enrique IV* de Shakespeare. Y fue decano de la nueva Facultad de Filosofía y Letras.

Si entramos en la Biblioteca Nacional en 1899, en el filo mismo del siglo, encontramos a Cané trabajando con el director, el francés Paul Groussac, en un libro titulado *Expulsión de extranjeros*. Están sintetizando la legislación de las principales naciones europeas sobre el problema. Cané es uno de los autores de la ley de Residencia o de expulsión de extranjeros indeseables, es decir *politizados*: socialistas y anarquistas. Esta ley se promulgó el año de la primera huelga general, 1902. Aquí, dos caras de la internacionalización de fin de siglo: la importación de Shakespeare y la deportación de extranjeros.

Pero hay otra cara más.

El discurso cultural de fin de siglo, que acompaña al estado liberal, se *despolitiza* totalmente en relación con las representaciones anteriores al salto modernizador. Las antiguas contradicciones políticas locales son, ahora, *puramente culturales*, porque los nuevos estados liberales y neoliberales latinoamericanos se presentan y autodefinen como superadores de la guerra de la nación anterior. La nueva cultura sufre esa despolitización y pone *fin al discurso literario de la guerra local, nacional*, y también pone fin a sus viejas identidades. (Después de 1880 en Argentina ya nadie se llama unitario o federal; después de 1990 ya nadie se dice proguerillero o promilitar.) En la fase anterior, en Argentina, no hay representación cultural ni identidad que no tenga su adscripción política nacional o local. Todas las diferencias están politizadas en la fase de la guerra.

Un negro, un gaucho, un extranjero, una mujer, son unitarios o federales, porteños o provincianos, y por lo tanto buenos o malos, civilizados o bárbaros.

La literatura y la cultura “alta” de fin de siglo XIX en Argentina corta con ese pasado, y transforma la historia anterior y la representación literaria. Ahora y en adelante, los sirvientes, extranjeros, negros, gauchos, mujeres e inmigrantes, quedan modernizados. Se les quita la marca política y se los traslada al nuevo espacio de la vida privada, que es el de la cultura moderna, internacional.

Podemos volver entonces a la zona uno y entrar en las casas, teatros, universidades, colegios, clubes, y academias científicas. Es decir, en los espacios privados y a la vez públicos (públicosprivados) de los nuevos sujetos internacionales como el dandy, el cronista social, y el hombre de ciencia que no dejan de aparecer en la lectura de fin de siglo. Allí encontramos sirvientes extranjeros, negros, inmigrantes y mujeres. La literatura “alta” los representa de un modo tal que construye un mapa puramente racial, sexual, social y étnico de la sociedad despolitizada. El viejo discurso cultural de la guerra se transforma, a fin de siglo, en el nuevo discurso de las amenazas de una guerra futura.

Por la zona circulan, además, simuladores de talento, impostores, locos y delincuentes, nuevos personajes de la modernización literaria. El hombre de ciencia escritor, que aplica las reglas europeas de la biología y la sociología a la literatura, los representa, identifica y clasifica. Este nuevo sujeto científico inventa otro género literario: el relato policial argentino. La primera asesina de fin de siglo es una mujer vestida de hombre que mata estudiantes de medicina, y el primer detective es un científico que resuelve el enigma gracias a la frenología.

Temo que esta calle se torne peligrosa, así que bajemos rápidamente a la zona dos que está muy cerca de la Biblioteca Nacional. Es otra zona moderna, la de los grandes periódicos como *La Prensa* y *La Nación*, que financiaron, en gran medida, la modernización cultural de la Argentina, y su latinoamericanización, con poetas-periodistas como Darío en Buenos Aires. Estas redes tecnológicas permitieron la formación de un nuevo tipo de escritor internacional que practica la bohemia, el socialismo, el anarquismo, el antisemitismo y el nuevo nacionalismo, y que se reúne en los cafés vecinos a los periódicos. Algunos de estos escritores fundan y difunden el modernismo en Argentina, con su nueva lengua poética y su nuevo sujeto latinoamericano, el poeta de cultura

universal, idealista, antifilisteo y antiutilitario, “puro”, frente a la corrupción general del oro. Este sujeto latinoamericano ocupa la zona dos.

Porque en esa misma zona está la Bolsa. En 1890, durante la crisis económica internacional y argentina, se escribió un ciclo de novelas sobre el dinero, con la figura de la Bolsa pulpo como protagonista, con los especuladores franceses, ingleses y alemanes, y sobre todo con la “conspiración judía internacional”. El autor de esta primera novela argentina antisemita y nacionalista titulada *La Bolsa*, y publicada por *La Nación*, fue Julián Martel, y en ella también aparece el poeta puro que contempla la corrupción general del dinero. Y si vamos al sepelio de Julián Martel, en 1896, encontramos a Rubén Darío leyendo una oración fúnebre.

Abrumados por tantas y tan extrañas novedades, salgamos un poco del centro hacia los clubes y bibliotecas de los barrios para bajar a la zona tres. Allí encontraremos otra cultura moderna, internacional, y otros escritores. El salto modernizador constituye a la política en sentido moderno, porque esta *deja de definirse como local* y pasa a definirse en *términos internacionales* (en ese momento europeos). A fin de siglo surge la nueva cultura socialista de los clubes obreros, las bibliotecas, los centros de estudios y también un nuevo sujeto latinoamericano. Al salir del entierro de Martel podemos asistir, también en 1896, a una conferencia en el nuevo Centro Socialista de Estudios donde Roberto Payró es secretario (y Lugones bibliotecario). La conferencia de Payró se titula: “De las relaciones de la biología con la sociología”.

Llegamos por fin, ya tarde, hasta los bordes mismos de Babel, a las orillas de la zona cuatro, para escuchar el bandoneón napolitano, la guitarra española, los tonos gauchescos y ciertos ritmos africanos. El fin de siglo inventa el tango, que bailan hombres solos en arrabales y en prostíbulos. Y con él inventa una nueva lengua local, enrevesada y secreta, y un nuevo sujeto popular urbano, entre la legalidad y la ilegalidad.

En cada zona de la ciudad, que sigue niveles decrecientes de modernización, se inventa a fin de siglo una nueva lengua y un nuevo sujeto.

Frente a esta proliferación moderna e internacional, ¿qué hacer con el pasado que se abre allí mismo, en el campo? ¿Y qué hacer con los textos literarios de la fase de la guerra, antes del salto modernizador?

El pasado va a ser objeto de un tratamiento específico a fines de siglo, para construir con él un sujeto y una lengua nacional. La literatura popular gauchesca del período anterior, de la fase de la guerra, es reescrita y modernizada desde dos perspectivas, una culta y otra popular, para inventar *un nuevo sujeto nacional*, el gaucho como héroe. Ese sujeto enmarca de un modo preciso la fase del fin de siglo. En la década del 80 *Martín Fierro* aparece modernizado como Juan Moreira en los folletines novelescos de Eduardo Gutiérrez: el gaucho rebelde es matado por la autoridad, y se transforma en héroe muerto. Juan Moreira fue el best-seller de los 1880 y esto hizo posible otra fundación, la del teatro nacional.

Y en 1911, en la otra frontera del fin de siglo, *Martín Fierro* es “internacionalizado” y canonizado como épica griega por Lugones, el ex modernista y socialista convertido en poeta oficial. Ahora el sujeto nacional es el héroe épico homérico que sirve de fundamento a la literatura occidental. *Martín Fierro* héroe épico no sólo sirve de fábula de identidad, sino también de arma contra la inmigración y la internacionalización, que “corrompen la lengua nacional”.

El gaucho, el trabajador rural, que era el centro del discurso de la guerra anterior, se transforma con el salto modernizador primero en héroe muerto, y al fin en el sujeto de la fábula de identidad nacional exportable de la Argentina ganadera. Entre ellos transcurre el fin de siglo. Esta es una de las viejas historias con las que se internacionalizan simbólicamente las regiones de segundo nivel en los nuevos órdenes mundiales.

Una última observación a propósito de esto. La literatura de las zonas uno, dos y tres, la más moderna e internacional, fundadora de géneros literarios nuevos y de nuevos sujetos nacionales no se internacionalizó, salvo quizás con la excepción de Lugones. Son clásicos argentinos para adentro, pero no nos representan en el exterior. En cambio el gaucho a fin de siglo, y el tango con Gardel vestido de gaucho después, fueron nuestro aporte a la cultura internacional.

### **Los territorios que vendrán**

Es posible que ahora, a fin de siglo, la novela del dictador y el realismo mágico, con sus sujetos y culturas, queden leídas definitivamente como “latinoamericanas”, como fábulas de identidad regionales, anteriores al salto modernizador internacional. Es posible que una política

autoritaria y arcaica, y una feminidad mitificada y mágica representen el lugar simbólico, cultural, de América latina en el salto modernizador de fines del siglo XX. América latina aparece en las redes tecnológicas internacionales (cine y televisión) con una identidad colectiva representada por las dictaduras y el realismo mágico, y esta es la cultura masivamente exportable.

Pero quisiera terminar con otro tipo de preguntas.

¿Qué nuevos espacios “internacionales” nos traerán las literaturas y culturas de fin de siglo en América latina, qué sujetos y qué lenguas?

¿Y en qué espacios se representarán esta vez las amenazas de las nuevas identidades internacionales, despolitizadas y culturalizadas?